

El eterno retorno del Fascismo

Descodificando la herencia genética de la nueva ultraderecha

Las nuevas caras de la derecha. Conversaciones con Régis Meyran

ENZO TRAVERSO

Buenos Aires: Siglo XXI, 2018

157 páginas

ISBN: 978-987-629-801-8

Guillermo G^a. CRESPO

CEDID-Universitat Autònoma de Barcelona



En esta obra, el profesor Enzo Traverso nos propone una conceptualización del fascismo del siglo XXI, un fenómeno global y ecléctico que desborda los confines del Viejo Continente y cuya evolución desconocemos por el momento. En efecto, la matriz totalitaria surgida en Europa durante el período de entreguerras atraviesa en la actualidad una verdadera metamorfosis, que ha dado como resultado una constelación heterogénea de liderazgos y partidos políticos que comparten una retórica con características comunes.

Enzo Traverso (1957) es un historiador que ha desarrollado gran parte de su carrera en Francia, donde ha sido profesor, entre otras instituciones, de la École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS). En la actualidad, ejerce su magisterio al otro lado del Atlántico, en la Universidad de Cornell (Nueva York), aunque sus visitas al Viejo Continente se suceden sin solución de continuidad, para satisfacción de los que seguimos su trayectoria. Su obra, de indudable rigor científico, aúna la erudición con el compromiso ético y la militancia política, cualidades que no siempre van de la mano, y que, cuando lo hacen, acostumbran a producir efectos no deseados al combinarse en determinadas proporciones. Por fortuna, no es el caso de este especialista en el estudio del totalita-

risimo, el holocausto y la historia intelectual europea de la primera mitad del siglo xx, que asume con notable franqueza que “uno no puede trabajar sobre el mundo contemporáneo sin asumir una parte de subjetividad”, apunte a tener en cuenta para una correcta asimilación de su producción científica.

La nuevas caras de la derecha se presenta en forma de conversación. Para el lector, esta técnica puede resultar una manera más accesible y pedagógica de conocer el pensamiento del autor, que se desgrana a partir de las cuestiones planteadas por el antropólogo y periodista francés Régis Meyran, con el que ya había trabajado anteriormente en el volumen *¿Qué fue de los intelectuales?*¹ Las conversaciones fueron registradas a lo largo de 2016 en varias sesiones celebradas en París y Nueva York. La elección de este formato también resulta adecuada por su flexibilidad a la hora de tratar un tema de actualidad como es el ascenso en el mapa político de Occidente de los movimientos de extrema derecha.

La disección del posfascismo que realiza el historiador piamontés se basa en una reactualización de aquellos conceptos que han servido para identificar e interpretar el fascismo clásico y que hoy sólo son válidos parcialmente para aprehender el nuevo fenómeno. No en vano, frente a los partidos neofascistas que han surgido principalmente en Europa centro-oriental, como Amanecer Dorado en Grecia o Jobbik en Hungría, y que reivindican una continuidad ideológica con el fascismo clásico, nuestro historiador prefiere el uso del término “posfascismo” para englobar tanto a los nuevos líderes populistas que no han tenido orígenes fascistas, por ejemplo Trump o Salvini, como a las nuevas formaciones emancipadas de la matriz totalitaria que, sin negar su papel como crisol de pensamiento, no reivindican su filiación. Esta circunstancia implica para estos partidos una construcción ideológica fluctuante y a menudo contradictoria, como consecuencia de un “régimen de historicidad” —siguiendo la noción de François Hartog— específico, el del inicio del siglo xxi.

La obra está estructurada en cuatro bloques temáticos con un hilo conductor: definir la naturaleza del actual fenómeno político de la derecha radical. En el primero de ellos, Traverso desarrolla conceptualmente el término “posfascismo” y su genealogía con la experiencia fascista de los años treinta del siglo pasado; en los dos capítulos siguientes analiza algunos de los rasgos más característicos de la retórica de la nueva extrema derecha, como son la exaltación nacionalista, la política identitaria, la eurofobia o el desplazamiento del antisemitismo presente en el fascismo clásico hacia la islamofobia actual. El libro se cierra con un apartado dedicado a la comprensión del fenómeno del islamismo radical encarnado por el Estado Islámico (EI), seguido de un epílogo con las conclusiones.

¹ Traverso (2012).

Buena parte de las claves interpretativas que encierra el libro quedan al descubierto en el primer bloque, donde Traverso ofrece una respuesta a la pregunta clave: ¿qué significa el fascismo en el siglo XXI? Para ello, se indaga en el itinerario que ha seguido el *espectro* fascista en el imaginario político de la segunda mitad del siglo XX, así como las continuidades y las diferencias presentes en sus epígonos actuales.² Más allá de ciertas licencias semánticas propias de un debate político simplificador y con tendencia a etiquetar confusamente los nuevos fenómenos, la primera constatación es que el fascismo está de vuelta. No obstante, definir su nueva faz exige identificar las realidades que se ajustan a la noción de posfascismo, una categoría que tiempo atrás había sido asumida por alguno de los primeros dirigentes de la nueva extrema derecha, como el italiano Gianfranco Fini, líder de la hoy desaparecida Alianza Nacional: “sono un postfascista, ma sarebbe meglio dire un fascista nato nel dopoguerra”.³

Es innegable la existencia en las actuales formaciones de la derecha radical de un semblante reconocible heredado de la matriz de entreguerras, como el mismo Fini reconocía al asegurar que “nessuno può chiederci abiure della nostra matrice fascista”.⁴ Sin embargo, la hibridación entre fenómenos separados por medio siglo de distancia, con innegables elementos de continuidad —inventariados por Umberto Eco en el denominado ur-fascismo o fascismo eterno—,⁵ no debe llevarnos a identificaciones apresuradas. En este sentido, Traverso advierte de la naturaleza relativamente nueva de un fenómeno *transhistórico* con un radio de acción supranacional, observación que comparte con el historiador estadounidense Timothy Snyder, quien ha subrayado el nivel de coordinación que presenta la extrema derecha a nivel internacional, en contraste con el recogimiento de las izquierdas en la esfera nacional.

Si bien es indiscutible su filiación con los fascismos de entreguerras, no es menos cierto que estamos ante movimientos producidos en un contexto político y socioeconómico diferente. Por ello, el intelectual italiano enfatiza las diferencias con su matriz tanto como los elementos comunes renovados (nacionalismo, racismo, xenofobia...) presentes en el discurso de partidos como el Frente Nacional (FN), Alternativa para Alemania (AfD) o la Liga Norte, así como en la retórica del actual presidente de los Estados Unidos, Donald Trump, una coincidencia que ciertamente apunta a una proclividad general de un fenómeno por lo demás heterogéneo —las distintas experiencias nacionales así lo atestiguan— y en constante evolución, como sostiene Traverso al estudiar la trayectoria del Frente Nacional.

En el momento de identificar las causas que actúan como catalizadores del avance de la ultraderecha, Traverso apunta a dos elementos conectados entre sí que creo merece-

² El recorrido del fascismo posterior a la II Guerra Mundial es analizado en Traverso (2015).

³ *L'Europeo*, 30-XII-1988.

⁴ *Il Giornale*, 5-I-1990.

⁵ Eco (2018).

rían una mayor atención en futuros estudios: los efectos en las clases medias y populares europeas de la crisis económica y los estragos sociales producidos por el orden neoliberal. La UE se ha alejado de su proyecto inicial para sustituir la soberanía de los estados miembros por la gobernanza supranacional que encarnan los mercados financieros. Desde el estallido de la crisis en 2008, la actuación errática de sus principales dirigentes, muchos de los cuales proceden de la banca de inversión, son una fuente de legitimación inagotable para los nuevos movimientos nacionalistas y populistas que desafían al *establishment*. El apoyo creciente a los partidos posfascistas sería la respuesta de un segmento desencantado de la sociedad, huérfano de referentes y voces autorizadas, y cuya última trincherla parece encontrarse en el discurso xenófobo y nacionalista del populismo de derechas, beneficiario de la crisis económica y de la desmoralización de un electorado que ya no se reconoce en los partidos tradicionales. El ciudadano navega entre la hostilidad y la indiferencia hacia el mundo de la política en general, como advirtió el politólogo Peter Mair en *Gobernando el vacío*, un divorcio con la democracia liberal que parece arrancar en la década de los noventa y que coincide con los primeros éxitos electorales de los partidos de la extrema derecha en el panorama europeo.⁶ En este contexto, el desmoronamiento de la socialdemocracia actúa como catalizador; una crisis de identidad que se agudiza desde el inicio de la Gran Recesión, pero que ya venía gestándose desde los tiempos del Nuevo Laborismo de Tony Blair y de la Agenda 2010 de Gerhard Schröder, ataviados con el disfraz neoliberal denunciado con lucidez por Tony Judt en esa obra de imprescindible lectura que es *Algo va mal*.⁷

En el terreno especulativo, Traverso plantea un escenario con un precedente en el ascenso del nazismo y su colusión con los grandes magnates de la industria alemana: si hasta el momento el gran capital ha sido renuente a prestar su apoyo a la nueva derecha radical o a los partidarios del Brexit —como tampoco lo ha hecho Wall Street con Trump—, un replanteamiento de esta estrategia podría conducir a un escenario en Occidente de consecuencias impredecibles. En este sentido, sería interesante profundizar en dos aspectos: la actitud (¿irresponsable?) de las élites dominantes de los países donde arraiga el posfascismo y las conexiones con el poder económico y financiero de la constelación de partidos de la ultraderecha, cuyos programas en materia económica revelan una reorientación en los últimos años hacia posiciones contradictorias con la ortodoxia liberal y la globalización (que ahora defienden Macron o Hillary Clinton, pero también los partidos socialdemócratas) en aspectos como la política monetaria, el papel del Estado en la economía, el cierre de los mercados interiores (el “proteccionismo inteligente” de Le Pen, el “American first” de Trump) o la salvaguarda de los estados del bienestar.

Uno de los principales propósitos de Traverso es mostrar el nuevo rostro del posfascismo en Francia y, más concretamente, la evolución ideológica del vehículo político en-

⁶ Mair (2015).

⁷ Judt (2010).

cabezado en la actualidad por Marine Le Pen. Las semejanzas en los discursos republicano y posfascista es abordado en el segundo capítulo, “Políticas identitarias”, donde el historiador desenmascara los intentos de presentar al FN como “una fuerza ajena a los valores de la República”. Por el contrario, la historia de la Francia republicana desde el siglo XIX es prolija en ejemplos de adopción de políticas de exclusión y “guetización social y étnica” de los inmigrantes, que en la memoria colectiva francesa está asociada a los efectos de la descolonización y a su recuerdo más amargo, la guerra de Argelia. Incluso en el presente, varias iniciativas de los presidentes Sarkozy y Hollande responden a esta misma lógica, que se alimenta de un marco intelectual, jurídico y político favorable a los prejuicios xenófobos y racistas.

Es un hecho que el debate sobre la amenaza de los musulmanes contra la identidad nacional, así como la teórica incompatibilidad del islam con los valores republicanos, lleva años instalado en una sociedad todavía conmocionada por las matanzas de *Charlie Hebdo* o del teatro Bataclan. En 2006, poco después de la publicación de las caricaturas de Mahoma por la citada revista satírica, un grupo de intelectuales encabezado por Salman Rushdie firmó el *Manifeste des douze*, donde se identificaba a la religión del Corán con un nuevo totalitarismo. Desde entonces, el prejuicio antirreligioso ha sido alimentado por intelectuales como Marcel Gauchet, Pascal Bruckner, Gilles Kepel y otros tantos que, como Alain Finkielkraut, han merecido el calificativo de “neorepublicanos” y que han ayudado a legitimar el discurso laicista de la derecha radical (utilizado como arma de exclusión contra las minorías) mientras señalaban a la izquierda por su resistencia a condenar la religión (islámica). Frente a esta corriente, Alain Badiou, en su lectura de los atentados de París en noviembre de 2015, no ha dudado en afirmar que Francia ya no puede presentarse “en tanto que lugar privilegiado de una tradición revolucionaria”, pues no es más que una “singular colección de intelectuales identitarios”.⁸

Traverso ha comentado en más de una ocasión que el FN actual no puede etiquetarse como fascista, un distanciamiento favorecido por el giro republicano en la retórica de su líder y por una aceptación, más o menos sincera, del sistema democrático. No habría sido viable alcanzar la segunda vuelta de las presidenciales francesas en 2002 y 2017 sin una normalización del discurso lepenista. Aunque ha sido Marine Le Pen quien ha llevado más lejos la desnaturalización del componente fascista, esencial en la fundación del FN en los años setenta, este proceso arranca durante la etapa de Jean-Marie Le Pen. Con gran lucidez, Alain Touraine advertía a mediados de los noventa de que la extrema derecha en Francia o Italia no era solamente “una banda de fascistas y de racistas”, sino una fuerza social y política que en alianza con otras formaciones podía “hacer pender sobre los sistemas políticos debilitados una amenaza que no es sólo moral, como superficialmente ha dicho la izquierda tradicional, sino política”.⁹

⁸ Badiou (2016).

⁹ *El País*, 24-XI-1995.

Se trata, en todo caso, de un terreno donde hay pocas certezas, pues el historiador italiano manifiesta que, si bien el FN no debe ser considerado ya un partido fascista, lo cierto es que no ha roto el cordón umbilical con la matriz. Dónde se sitúa la línea que separa la pertenencia a una u otra categoría es un asunto peliagudo. De nuevo en el terreno de las hipótesis, el autor sostiene que una eventual llegada al poder del FN, con su potencial disgregador en el corazón de Europa, unido a un posible rebrote de la crisis social y económica, podría llevar a una radicalización del resto de partidos de la órbita posfascista, que girarían sobre su derecha para mutar —una vez más— hacia formaciones de corte fascista. En cualquier caso, estamos ante un proceso abierto de futuro incierto, como reitera el autor, quien considera que la mejor barrera contra este escoramiento hacia la derecha más radical podría venir de los movimientos populistas de izquierdas, tal y como fueron teorizados por Ernesto Laclau.

Uno de los rasgos que mejor define la transformación ideológica del FN es la sustitución del antiguo antisemitismo por la comentada islamofobia (capítulo 3). Se trata de un aspecto fundamental del giro argumental de la formación, desplazamiento que permite entrever la voluntad de readaptación del lenguaje posfascista al nuevo contexto geopolítico. El antisemitismo, que había sido un factor vertebrador de los nacionalismos europeos en el pasado, comienza a declinar tras la II Guerra Mundial. Ciertamente, las agresiones contra los judíos no han desaparecido completamente, pero sus características difieren en muchos aspectos de la violencia desatada en la Shoah. Sin embargo, algunos atentados contra la comunidad judía (recuérdese el ataque contra el supermercado kosher de la Puerta de Vincennes en 2015) han servido para acusar a la población musulmana francesa, y en concreto a sus miembros más jóvenes, de practicar una nueva forma de judeofobia, como han analizado el citado Alain Badiou y Eric Hazan en *L'antisémitisme partout*.¹⁰

En la actualidad, el espectro del terrorismo yihadista ha reemplazado al del judeo-bolchevismo incluso en su representación gráfica. El odio hacia los musulmanes, identificados de manera indiscriminada con los terroristas de la Yihad internacional, está conectado con la transmisión del pensamiento neoconservador estadounidense —Huntington “es el islamófobo más sofisticado”— al Viejo Continente, donde encuentra el campo abonado entre los nostálgicos del pasado colonial y entre aquellos interesados en presentarlos como una amenaza social. De nuevo, la crisis y su contexto facilitan el arraigo de planteamientos xenófobos, según los cuales el extranjero se convierte en el enemigo interior, otro de los elementos identificativos del discurso ultraderechista en el espacio público. De ahí que Traverso nos hable de los intentos por certificar la no solubilidad del islam en la República.

La posible clasificación del islamismo radical encarnado por el califato del EI dentro de la modalidad del fascismo es analizada en el último bloque de preguntas. Traverso re-

¹⁰ Badiou y Hazan (2011).

para en el carácter “ambiguo y equívoco” del término islamofascismo, cuyo uso se ha generalizado en la arena política, incluso entre algunos intelectuales de izquierdas. La xenofobia y el racismo se disfrazan a menudo de *remake* de la lucha de las democracias liberales contra el fascismo durante la II Guerra Mundial. Por lo demás, no existen, a juicio del historiador, elementos que permitan trazar un claro paralelismo con los regímenes totalitarios del siglo pasado, salvo por el común denominador que se expresa en la amenaza a la democracia y las libertades actuales; mientras que los fascismos históricos buscaban la instauración de un nuevo orden con un componente revolucionario, el proyecto que representa el EI, inspirado en un pasado mitificado, se orienta hacia el panislamismo o la reinstauración a nivel mundial del califato medieval de Mahoma. Traverso reconoce la posible existencia de teocracias fascistas en Oriente Medio en las coordenadas de un “modernismo reaccionario” que se alimentan del dolor de unas sociedades traumatizadas por la guerra (paralelismo con la sociedad alemana de Weimar), pero traza una divisoria con las utopías totalitarias europeas y con las experiencias fascistas de otras latitudes: su oposición radical al Occidente opresor, que opera al mismo tiempo como doctrina de combate y fuente de legitimación entre sus seguidores. Sumado a lo anterior, la no presencia de regímenes democráticos a los que desarrollar en el área donde se implanta el EI, o la ausencia del anticomunismo en el corpus yihadista, son otros aspectos que separan ambas realidades.

No obstante, en un momento de la conversación, Meyran cree interpretar del análisis de Traverso la existencia de suficientes puntos en común entre el Estado Islámico y los fascismos históricos. Esta duda nos lleva a preguntarnos si no somos cautivos de una interpretación occidental del fenómeno fascista que dificulta su empleo como método de análisis de otras realidades e impide profundizar en los rasgos que parecen compartir el fascismo europeo de entreguerras —el recurso al terror contra la población, la construcción de la imagen del enemigo, la importancia del componente nacionalista étnico o el uso de la propaganda— y ciertas doctrinas fundamentalistas del islam que, como el wahabismo, aportan el sustrato ideológico al Estado Islámico o Al-Qaeda. Incluso la capacidad de seducción que han demostrado estos fenómenos entre la población musulmana mundial parece remitir a un intento por fascistizar a sectores de esta comunidad a partir del empleo de recursos propios de la psicología de masas, por ejemplo, el uso de la frustración y el odio como fuente de la pulsión destructora, o la excitación de la represión y de ciertos temores patológicos.

En resumen, nos encontramos ante una interesante aportación epistemológica al estudio de un fenómeno político y social en permanente evolución: el ascenso en los sistemas parlamentarios occidentales de los nuevos partidos de la derecha radical. A través del diálogo con Régis Meyran, Enzo Traverso disecciona las características de esta nueva constelación política a partir de un concepto analítico —el posfascismo— que permite captar con mayor precisión la naturaleza transitoria, heterogénea e inestable del fenómeno. Al plantear un análisis comparativo con la matriz fascista del período de en-

treguerras, el historiador italiano afincado en los EE.UU. nos previene contra el uso indiscriminado de categorías antiguas y analogías forzadas para la comprensión de fenómenos que nacen en un “régimen de historicidad” nuevo y sin la carga utópica de experiencias anteriores. Sin negar la existencia de continuidades, Traverso prefiere enfocar las diferencias que muestran la emancipación de estas derechas respecto de sus antepasados. El autor también nos alerta contra los usos públicos de la historia en el presente, tan habituales en los debates políticos sobre el nacionalismo y el populismo, como bien sabemos en nuestro país.

Una última consideración. El estudio de aquellos procesos en curso que no tienen un final definido y donde actores e historiadores comparten el presente no está exento de ciertos riesgos. Cuando se trata de analizar un nuevo sujeto histórico, el déficit de objetividad por efecto de una perspectiva forzosamente limitada, la elaboración de conclusiones en estado de latencia o provisionalidad, la formulación de tesis que legitiman planteamientos políticos o la imposibilidad de acceder a fuentes primarias, tanto como la calidad de las fuentes disponibles, son sólo algunos de los hándicaps a los que se enfrenta el historiador en mayor medida que los investigadores de otras disciplinas. Llegados a este punto, confío en que el lector estimará en su justa medida los esfuerzos de Enzo Traverso por sortear dichos peligros.

Bibliografía

Badiou, Alain (2016): *Nuestro mal viene de más lejos*. Madrid: Clave Intelectual.

Badiou, Alain y Hazan, Éric (2011): *L'antisémitisme partout*. París: La Fabrique Editions.

Eco, Umberto (2018): *Contra el fascismo*. Barcelona: Lumen

Judt, Tony (2010): *Algo va mal*. Madrid: Taurus.

Mair, Peter (2015): *Gobernando el vacío. La banalización de la democracia occidental*. Madrid: Alianza.

Traverso, Enzo (2015), «Spectres du fascisme. Les métamorphoses des droites radicales au xxi² siècle». *Revue du Crieur*, n. 1, pp. 104-121.

Traverso, Enzo (2012): *¿Qué fue de los intelectuales?* Buenos Aires: Siglo XXI.